

LIBROS

“ARCANA MAYOR”

DE

MARCOS RICARDO BARNATÁN

Vaya por delante una referencia que me parece de sumo interés: la poesía española, concretamente la poesía que pudiéramos llamar *mesetaria*, de rancia estirpe tradicional (y conste que va sin ánimo ni despectivo ni irónico: es porque no tengo a mano otro término que me ofrezca referencia más inmediata), ha vivido de espaldas, u olvidada (y no hay por qué culpar a nadie), de toda una otra tradición que, a través del Mediterráneo, y desde lo más profundo de él, liga la cultura y el pensamiento a la aventura intelectual, a la potencia imaginativa, a la sugestión hacia el misterio... Temas todos ellos, o nexos, o posibilidades, que podemos rastrear en la poesía, por ejemplo, de Salvador Espriu, y que la ha hecho tan ajena a nuestra *normal* evolución poética contemporánea.

De un tiempo a esta parte, sin embargo, hemos contado entre los jóvenes poetas que escriben en nuestro país con una excepción verdaderamente significativa, y que ha significado verdaderamente poco. Me refiero a Marcos Ricardo Barnatán (Buenos Aires, 1946). Con esta alusión no pretendo situar a Barnatán entre *los mejores* (poco importan esas cosas a estas alturas), pero sí a señalar su presencia como revulsivo, y como generoso recuperador de un nexo perdido, tan ligado a nuestra existencia geográfica e histórica, y que, sin embargo, se había mantenido —¿voluntariamente?— al margen de nuestra ex-

presión literaria, como algo que no nos concernía, que no tenía efectividad a la hora de la *comunicación*. Bien, concedámoslo. Pero yo me estoy haciendo hace mucho tiempo una pregunta: ¿de qué comunicación se ha venido hablando? ¿Qué se comunica, y cómo, y para qué? Marcos Ricardo Barnatán se ha visto en la necesidad de “incluir una nota aclaratoria que podría servir de orientación al lector”, según nos dice, por sugerencia de algunos amigos. Pero, al terminar de leer “Arcana mayor” (1), me ha asaltado la duda de la tal necesidad. ¿No está lo suficientemente claro este libro? Bueno, entiéndaseme: ¿no está lo suficientemente claro que lo que Barnatán nos propone, más que una complicidad, como él confiesa (y que debe ser común a cualquier obra que se precie), es una invitación? Nos invita a participar del misterio de ese mundo vivencial suyo que él trasmite a la *letra* (una *letra* que, por otra parte, no actúa bajo la presión de valoraciones significantes, sino por la misma capacidad de liberación que posee); nos invita a perdernos en la sugestión de querer conocerlo, adivinarlo, o, simplemente, intuirlo. Porque el esteticismo aparente que pudiera denunciar el *buen lector* no es más que el trabajo sobre la expresión, la progresiva búsqueda de una escritura esencial, de unos nexos sintácticos y verbales múltiples, para penetrar en un mundo que se revela múltiple, desconocido y atrayente. Y bien se ve en un dato que no puede pasar desapercibido: la tensión dramática que se mantiene a lo largo de todo el libro, tanto en la persecución por parte del escritor (ya no individuo omnisciente y seguro, sino hundido en la terrible duda) de la “la magia innumerable del origen”; como por el constante y patente enfrentamiento de fuerza e inteligencia, simbolizado en esas fuerzas alegóricas, esotéricas, del azar, del *arcano*, del tarot, o en las personificaciones mitológicas de Brahma y Krishna; o patéticamente materializado en ese bellissimo poema “Pierre tombale” que evoca la tragedia de los judíos de Praga.

El libro presenta innumerables puntos de penetración. Pero yo no creo que el crítico (como tampoco el autor) deba contribuir a su esclarecimiento, porque —en cualquier caso— reflejaría su actitud ante las propuestas del escritor. Y “Arcana mayor” necesita, para alcanzar plena razón de ser, que cada lector se aventure en su intrincado pero siempre sugestivo mundo.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Marcos Ricardo Barnatán. “Arcana mayor”. Alberto Corazón, editor. Col. Visor. Madrid, 1973. 70 págs.



“PARA FINGIR LA MUERTE”

DE

JOSÉ MARÍA MONTELLS

Uno de los *pecados* de FABLAS ha sido, al parecer, haber acogido en sus páginas, en número ya lejano, una selección de esos *¿pocetas?* que llaman visuales, experimentales, no oleaginosos... Y la verdad es que la revista nunca se ha arrepentido de tal *desafuero*. Antes al contrario, ha vuelto a reincidir. ¿Por qué? Pues porque piensa que no es sólo deber de una publicación de este tipo dar cuenta de lo que habitual-

mente se hace, sino —y muy especialmente— denunciar las necesidades que en el campo de la creación literaria —y en concreto poética— padecemos.

José María Montells (Madrid, 1949) era uno de los nombres que figuraban en aquella nómina; José María Montells, en su frente de *Artesa*, de *Odología* 2.000, ha seguido también reincidiendo en su *pecado*. Y, sin embargo, a pesar de figurar en esas antologías o recopilaciones *maldivas* de Poesía Hispánica y de Akzente, en Bonn, su escritura no se ha ceñido únicamente al plano de lo visual, de lo concretista, sino que ha andado también un camino más *comprensible*, más acorde con las *buenas maneras* en materia de poesía. Pero, al mismo tiempo, ha tratado de incorporar muchos de esos deseos malogrados de la poesía española contemporánea, y de utilizar sus posibilidades en una escritura que sea cada vez más válida como tal, sin que exista un apego excesivo al historicismo, a la anécdota, a la narración... “Para fingir la muerte” (1) es un libro que está en esta línea; y un libro al que quiero referirme precisamente por eso.

Porque este camino es bastante escabroso; presenta escollos y tropiezos sinnúmero, y siempre se acepta con más recelo que interés, con más destemplanza que comprensión. José María Montells, y en su libro se advierte con claridad, quiere ir en busca de nexos expresivos, de líneas matrices olvidadas o truncan en la reciente historia poética española; y se encuentra con que, por esa misma razón de abandono u olvido, los resultados que ahora él aporta se ligan, inmediatamente a algo pasado, lejano y, paradójicamente (porque no se ha seguido la evolución que el mismo requería), inoperantes. Inoperantes, enténdase, en el ámbito escritor-lector en el que nos estamos moviendo habitualmente. Este es otro inconveniente: el lector va al poema con un mundo de significantes y significados tipo, ya preconcebido, y es inevitable que la palabra que Montells le propone le

exija una serie de evocaciones significativas que, en la mayoría de los casos, se desvía totalmente de la intención del escritor.

Al eliminar la narración en el poema, y sólo ofrecer una serie de claves situacionales, José María Montells explota únicamente una serie de posibilidades expresivas que un tema dado (en este caso la poesía afro-americana) le otorga. Objetos, hechos y personajes son pretextos para llegar a la unidad poema que es lo que realmente tiene valor como objeto creado y vivo, sugerente y dinámico.

La verdad es que el compromiso que con ello se adquiere es arriesgado; la verdad es que tal y como ruedan las cosas para nuestras letras todo ello puede sonar a música celestial en los oídos poco interesados en oír. Yo sigo pensando que muy bien podría el lector habitual de poesía poner, de una vez por todas, un poco de imaginación y una suficiente dosis de buena voluntad; en una palabra: ser un lector vivo. A lo mejor encontraba poderosos acicates en estas aventuras. Creo que valdría la pena intentarlo.

J. R. P.

(1).—José María Montells. "Para fingir la muerte". Artesa, cuadernos de poesía. Burgos, 1969. 55 págs.